



Fe o razón en el corazón de la educación en los Estados Unidos

Manuel Ángel Morales Paliza

Profesor Asociado de la Facultad de Ingeniería Electrónica de la PUCP

Febrero, 2006

Síntesis: ¿Cómo forjar individuos portadores de un razonamiento basado en la observación, el criticismo y la comprobación de hechos, sin que esta forma de ver el mundo entre en conflicto con los valores y principios de las creencias religiosas? Dos maneras de ver el mundo entran en pugna en muchas escuelas estadounidenses, una que privilegia el dogma de fe, basado en una profunda creencia en lo proclamado con carácter divino; y otra que prefiere la observación, la repetibilidad y la constatación de hechos. Ello plantea un problema que es necesario resolver: ¿qué tipo de habilidades y actitudes son la que se desea adquieran y desarrollen las futuras generaciones? Con esa base se podrá determinar el tipo de educación a impartir.

Estados Unidos es un país de agudos contrastes, qué duda cabe. Amado por los que proclaman como la tierra de las libertades y las oportunidades, y odiado por los que catalogan su política exterior como cerrada, prepotente e interesada. Mientras el escritor neoyorquino Harold Bloom se refiere a su gobierno como constituido “por un tercio de plutócratas, otro tercio de aristócratas y un tercio final de teócratas”, el presidente George W. Bush considera a su gobierno como uno de designio divino. Para muchos es un país donde hoy coexiste un neofascismo dirigente que defiende sus propios intereses económicos (el petróleo) con una sociedad civil liberal próspera, a veces ingenua y cándida. Los contrastes, desde luego, no acaban aquí. Uno de los más resaltantes se está desarrollando en estos días y está relacionado con la educación, la religión y la ciencia.

Desde hace unas dos décadas, se intensifica una disputa *sui generis* entre los maestros de biología y directorios de escuelas primarias y secundarias -conformados por rabiosos padres de familia que habitan mayormente en los innumerables pueblos pequeños de este país. La disputa surge cuando se intenta responder a la aparentemente inofensiva pregunta: ¿De dónde viene el ser humano?

Para responderla y enseñarla a los inocentes hijos de estos devotos padres, muchos directorios -es decir los mismos padres- desean que se enseñe el creacionismo, respuesta inspirada en ideas religiosas cristianas; mientras los maestros prefieren que los alumnos aprendan la teoría de la evolución, basada en preceptos científicos. La polémica ha llegado a tanto que actualmente se celebra un juicio para definir quién debe, jurídicamente hablando, imponer su preferencia en una escuela secundaria en la ciudad de Dover del estado de Pennsylvania. Los maestros de biología de dicha escuela se niegan valientemente a enseñar creacionismo porque lo consideran inapropiado, mientras que un miembro del directorio -padre de familia- ha llegado a amenazar a los maestros con quemarlos en nombre de la crucifixión de Jesús si no lo hacen. El resonado caso viene siendo ventilado en los tribunales.

Aunque parezca inverosímil, en muchos lugares de los Estados Unidos se han escrito textos escolares de biología para cada gusto y color. En unos se enseña a los niños de primaria y secundaria que Dios creó al hombre y a la mujer, justificándolo a través del dogma de fe cristiano basado en los preceptos bíblicos del libro del Génesis (creacionismo). En otros se ha formulado el concepto de diseño inteligente -no muy distante del creacionismo-, que postula que la enorme e incomprensible complejidad de los organismos



vivos no deja dudas de la intervención de una inteligencia superior. Y otros, siguen, como había sido tradición en los últimos 50 años, la teoría de la evolución, basados en las evidencias de la observación científica de la evolución de las especies, iniciada por el naturalista inglés Charles Darwin hace ya unos 150 años, dejando a la observación continua y la constatación de hechos -que forman parte del método científico- cualquier posible modificación en la teoría, e incluso su completa negación en aras de una teoría nueva, basada en mejor evidencia. Así, por ahora, se tiene evidencia científica muy fuerte de que el ser humano evolucionó de especies inferiores (menos sofisticadas). Esta hipótesis molesta sobremanera a los creacionistas, quienes prefieren pensar que el hombre fue creado tal cual es por Dios directamente y que como ser semejante a Él (porque así lo dicen sus preceptos dogmáticos), no pudo haber evolucionado de especies consideradas inferiores. Darwin mismo se enfrentó a esta condena cuando publicó “Sobre el Origen de las Especies” en Londres, en 1859.

Se percibe una lucha entre dos maneras de observar el mundo, dos formas radicalmente opuestas de enfrentar la vida: por un lado, la que privilegia el dogma de fe, basado en una profunda creencia en lo proclamado con carácter divino; por otro lado, la que prefiere la observación, la repetitibilidad y la constatación de hechos. El dogma de fe, por su propia definición, sólo usa la razón para justificar el dogma. La razón científica, en contraste, siempre deja espacio para la duda y preguntas más profundas. Ésta sólo se basa en lo experimentado y observado, elaborando hipótesis que se ponen a prueba una y otra vez, con mayor sofisticación, a fin de reafirmarlas, refinarlas, cambiarlas o simplemente desecharlas de acuerdo a las nuevas evidencias. Aquélla, en contraste, recurre a la verdad divina revelada para, basada en ella, explicar las cosas, y condena en mayor o menor medida a los que se atreven a cuestionar su cuerpo dogmático.

El asunto preocupante de toda esta discusión no estriba solamente en decidir y encontrar quién tiene la razón o es dueño de la verdad, o ni siquiera de si, son los maestros o los padres de familia quienes tienen el derecho de decidir como educar a sus hijos. Un problema concreto es el tipo de habilidades y actitudes que los niños desarrollarán y utilizarán a través de la educación que se les imparta. Una forma les invita a desarrollar el criticismo, la observación y la comprobación de hechos; y la otra les forma el hábito de recurrir a la proclama divina para basarse en todo lo demás y justificar los “premios” y “castigos” en base a una valoración impuesta.

Las futuras mentes gobernantes de los Estados Unidos, por ejemplo, podrán ser autoritarias y dogmáticas –como ahora- o racionales y flexibles. No lo sabemos. Pero quién puede afirmar o negar si ello se debe o se va a deber, por lo menos en parte, al tipo de aprendizaje que de niños recibieron en su educación fundamental. Dejo al lector que lo responda, así como que reflexione sobre cuál es la forma de educación más ventajosa para sus hijos y para la sociedad, en aras del bienestar futuro y el progreso en todo orden de cosas. ¿Es conveniente que las creencias religiosas interfieran en el aprendizaje de los niños? En nuestro país, en particular, donde ambas posiciones conviven en aparente calma y cada una en su respectivo lugar, el solo reflexionar en ello ayudará mucho.